

La Internacional

Órgano del Partido Socialista Obrero (Federación Catalana)

NÚMERO SUELTO 10 CÉNTIMOS ♦ Año I

[Redacción y Administración:]
Este, 14, principal

BARCELONA, VIERNES, Dic. 11, 1908

Director: A. Fabra Ribas
Administrador: J. Rodríguez López

Núm. 6 ♦ España, trimestre, 1 pta.—Portugal, 150 ptas.—
Exterior, 1,75 ptas.—Paquet 10 ejemplares, 2 ptas.

A lo que importa

Algunos sindicatos obreros y bastantes compañeros y amigos nuestros han derrochado cierta inquietud ante la conducta de algunos elementos que figuran en «Solidaridad Obrera» y ante las impertinencias e intemperancias de algún colaborador del órgano de la Confederación Regional que no consigue poder comprimir sus sentimientos personales al escribir los artículos que envía a aquel periódico.

Ha habido más, y esto nos causa verdadero dolor: debido a las mismas impertinencias e intemperancias a que acabamos de hacer alusión, alguna sociedad de resistencia se ha separado de la Confederación, otras se disponen a hacerlo y otras aún no se deciden a pedir su ingreso en la misma por temor a encontrarse luego en situación algo incómoda, una vez hayan comprometido la independencia más o menos ventajosa de que actualmente disfrutan.

Confesamos ingenuamente que, si bien no nos extrañan tales inquietudes y tales temores, los consideramos completamente injustificados.

Cierto que algunos elementos que hablan en nombre de «Solidaridad Obrera» y otros que escriben en el órgano de la misma no han tenido para nada en cuenta ni los acuerdos del último Congreso, ni la naturaleza de las verdaderas sociedades de resistencia, ni tampoco lo que exige el interés de la clase obrera de Cataluña. Ciertamente que estos mismos elementos han preconizado la neutralidad de los sindicatos en materia política y religiosa, y han seguido luego una conducta que, con todo y pretender no ser política, a una modalidad de la política se refiere y a la política propiamente dicha pertenece.

Pero, a pesar de todo esto, no acertamos a encontrar la justificación de esa alarma que reina entre determinados grupos de la clase obrera; y no acertamos a encontrarla, porque juzgamos completamente equivocada esa táctica que consiste en separarse de un organismo o no ingresar en él porque todos los elementos que lo integran no piensan ni se conducen siempre del modo que piensan y se conducen los que quieren separarse o los que no se deciden a ingresar.

Nosotros atribuimos esa especie de desconfianza a que venimos refiriéndonos, única y exclusivamente a lo poco arraigada que está entre las masas obreras de Cataluña la conciencia de clase, a la falta de cohesión entre estas mismas masas y a la completa desorientación que entre ellas ha con frecuencia reinado.

Y estas deficiencias precisa corregirlas, si es que queremos ser útiles a nuestra causa y contribuir como se debe a la gran obra emancipadora del proletariado.

El que uno o varios individuos no cumpla con su deber o abuse de las facultades discrecionales a que su lealtad misma debería señalar los correspondientes límites, no debe ni puede ser óbice para que se malogre un grande esfuerzo colectivo que es necesario, que es indispensable para que nuestro proletariado pueda, primero, reivindicar su personalidad, y luego, trabajar por su emancipación dentro del ejército obrero internacional.

Si se tienen en cuenta estas circunstancias, si no se olvida cuán urgente es en Cataluña el operar una reconcentración de todas las fuerzas obreras que quieran colocarse en el terreno de la lucha de clases y si, en fin, se ansia trabajar definitivamente por la verdadera Revolución Social, sin malgastar energías, sin perder tiempo y sin hacer el juego al enemigo, se prescindirá en absoluto de esos detalles nimios y secundarios que preocupan ahora a muchos de nuestros compañeros y se trabajará con fe y entusiasmo para llegar pronto sanos y salvos a la deseada meta.

Muchos son los obreros que se ocupan más — participando con ello de los males que dominan en el mundo burgués español — de lo que hacen los otros que no de lo que ellos les toca hacer; que se entregan fácilmente a una labor crítica y olvidan la más práctica y positiva de orientarse a sí mismos y de lanzarse decididamente a la acción, y esto les conduce, naturalmente, a olvidarse de lo principal para cuidarse exclusivamente de lo secundario.

Y lo principal es ahora esto: que existe una Confederación regional de sociedades de resistencia en la que caben — según declaración del primer Congreso de la misma — todos los asalariados cualquiera que sea la religión que quieran profesar o las ideas que puedan tener; que dentro de esta

Confederación hay medios para desarrollar las actividades particulares de cada uno y de exigir responsabilidades a quien asuma atribuciones que no le corresponden o se irroque derechos que no le pertenecen, y que es hora ya de que el proletariado catalán deje de vagar por las intrincadas y laberínticas sendas de la ideología y del revolucionarismo fraseológico, para dedicarse a su organización definitiva y a la preparación de sus huestes con el fin de poder medir con probabilidad de éxito sus aceras armas contra el enemigo burgués.

Todo el que tenga fe en sí mismo y en el porvenir de su clase, y todo el que estime en algo el interés de su causa y la dignidad de su persona, no titubeará ni un momento tan siquiera en contribuir con todas sus fuerzas a fortalecer esa naciente Confederación regional que puede convertirse y ha de convertirse en un baluarte inexpugnable de las reivindicaciones proletarias.

Y al prestarse a contribuir a tan grande obra, que todos los obreros conscientes lo hagan con entera fe y completa confianza, sin querer engañar ni engañarse, dispuestos a hacer obra positiva y a ser siempre leales consigo mismos y con sus compañeros; que si hay alguien que se las quiere echar de listo y trata con intenciones más o menos aviesas de querer desviar el movimiento obrero en provecho de determinadas tendencias que ni la nobleza tienen de operar a la vista de todos, medios encontrará la clase obrera dentro de su propia organización para imponer el debido correctivo a los que, provocando divisiones entre los trabajadores organizados, se convierten, consciente o inconscientemente, en instrumentos de esa burguesía que todos queremos aniquilar.

NUESTRO DIRECTOR LITERARIO



Manuel Ugarte

Corresponsal en París de «La Nación», de Buenos Aires. — Autor de los libros «El Arte y la Democracia», «Falsas Perspectivas», «Burbujas de la vida», «Las nuevas tendencias literarias», etc., etc. — Colaborador de varias revistas francesas, alemanas, españolas y americanas.

La transformación de la sociedad capitalista se hará en dos tiempos:
1.º Organización de la clase obrera en Partido de clase para arrojar a la burguesía del Poder.
2.º Declarar propiedad nacional todos los instrumentos de producción, de distribución y de cambio.

Crónica crítica

La izquierda liberal.

El ex ministro D. Amós Salcedor, que presidió el mitin que los llamados demócratas celebraron últimamente en Logroño, «estupefacto a sus oyentes con los terribles radicalismos siguientes:

«No venimos a poner trabas a la religión de nuestros abuelos y de nuestros padres. Pensamos morir dentro de ella con más fe que quienes toman la religión por bandera».

De modo que los católicos pueden dormir descansados; la obra nefasta que durante cuatro siglos han venido desarrollando en España los poseedores de la verdad absoluta y enemigos de todo progreso podrá continuar sin obstáculos alguno por parte de nuestros feroces radicales. La enseñanza será católica, el Estado será católico y... ¡los radicales serán católicos!

Todo estará como en tiempo de nuestros padres y de nuestros abuelos.

España, bajo el dominio de los radicales, continuará ocupando el último lugar en el concierto de las naciones civilizadas».

No hay que negar que la perspectiva es seductora.

Pero D. Amós no es un iluso. D. Amós sabe perfectamente el terreno que pisa.

Véanlo ustedes:

«Se nos acusa de radicalismos exagerados, cuando nos quedamos cortos al no proclamar la absoluta libertad de cultos, que existía hasta la expulsión de los judíos».

Ahora cualquiera advierte la diferencia entre esto y lo que defienden los conservadores mauristas.

Como que El Siglo Futuro, que en su edición del lunes se quejaba de «la democracia, el progreso y otros chirimboles de que gozamos sobradamente bajo el mando del Sr. Masera», debe estar pirrándose por que suban los liberales.

Canalejas, demócrata de pega.

Ahora si que vendría como pedrada en ojo de boicario lo de:

«¡Pero, señor, en qué país estamos!»

«No habíamos convenido todos en que Canalejas había sacado patente de demócrata en Inglaterra, en los Estados Unidos y en todos los demás países que cita su escribiente Morote? ¡Y no había dicho la prensa del trust, que el ex joven ex ministro era el que más democracia expendía en España?»

Pues agárrense ustedes, y hagan el favor de leer:

«Hay que decir que la mujer no tiene derecho para perturbar el hogar, y repelando nosotros sus creencias, que ella no se mezcle en política ni tome parte en las luchas de la vida pública».

¡Muy bien, D. José!

Que no se mezcle en política ni tome parte en las luchas de la vida pública y que se deje explotar pacientemente en el taller, en el campo y en la fábrica.

Para explotarla y hacerle perder la salud y la de sus hijos, a la mujer se la puede sacar de casa. Y cuando intente defenderse contra el régimen político y económico, que es la mayor maldición de su raza y de la raza, entonces que se le pongan mordazas.

Y a eso llaman los políticos de por acá orientarse hacia Europa.

Hacia Frajiana, querrán decir.

Ta quoque!

Pero no dejemos a Canalejas, ya que éste es un pez de los gordos. Fijémosnos en la imprescindible alusión al «problema social» hecha en su homónimo discurso de Logroño:

«Examina (Canalejas) la anacrónica concepción de ciertos elementos obreros españoles — dicen las reseñas de los periódicos — según las cuales las reformas hondas de carácter social sólo pueden realizarse gobernantes del proletariado, y nunca en unión de políticos burgueses».

Si esto no lo hubiésemos leído en El Liberal, El Imparcial y El Heraldo, hubiéramos creído que era un lapsus calami del reporter encargado de la información, pues no se concibe que un político del talento de Canalejas pueda incurrir en semejantes vulgaridades.

Porque los «elementos obreros españoles» que no quieren alcanzar reforma alguna «en unión de políticos burgueses» no tienen ni han tenido nunca el mal gusto de hablar ni de creer en «gubernantes del proletariado».

Cosa que un personaje como Canalejas, que se las echa de entendido en cuestiones obreras, no tiene derecho a ignorar.

¡Ojo con ellos!

— El Progreso, del día 6, es decir, siete días antes de las elecciones, publicaba un artículo titulado «Cumpliendo el fallo».

En lenguaje humilde, poco acostumbrado en aquella casa de donde tantas revoluciones han salido, la empresa de El Progreso declara que el fallo dictado por «Solidaridad Obrera» se cumplirá en todas sus partes. En su consecuencia, los amarguistas renegados, Palau y Claris, hoy lerrouxistas y explotadores de sus compañeros, cesan de trabajar en la imprenta del diario pseudoradical.

Pero tras del veneno El Progreso se hace administrar la triaca. Puesto que si bien dice que está dispuesto a sorberse el amargo brebaje que le ha suministrado «Solidaridad Obrera», añade:

«Sin embargo, lo hemos acatado (el fallo), pero reservándonos el derecho de discutirlo y volver por su revisión... máxime cuando el carácter de uno de sus juzgadores es más que discutible y recusable».

Lo cual puede muy bien significar, traduciéndolo al lenguaje vulgar, que después de las elecciones, cuando se haya ya dado el golpe, la empresa de El Progreso se pasará el fallo por debajo del sobaco.

Al «Arte de Imprimir» le toca ahora recordar a los vivos de El Progreso que esos timos del juzgador «más que discutible y recusable» son para dados antes del fallo y no después.

Cosas de un cualquiera.

De La Vanguardia, del día 6:

«Los socialistas han demostrado que pecan por igual que los demás; en vez de comenzar por reunir fondos para fines de resistencia ó socorros en caso de enfermedad, se han gastado miles de duros en adquirir un inmueble del cual ninguna necesidad había y cuyo lujo contrasta con la indumentaria de los que quieren concurrir a él.»

Esto lo firma «Cualquiera»

Menos mal que se hace justicia a sí mismo. Porque un cualquiera tenía que ser para atreverse a hacer afirmaciones gratuitas y emplear aún para ello una forma tan pedestre.

¿Quién le ha dicho a ese cualquiera que no se empecé por reunir fondos para fines de resistencia y demás y que no había necesidad de tener casa propia y si de pasar una rentita a cualquier burgués? ¡Y qué sabe «Cualquiera» si la indumentaria de los que quieren concurrir a la «Casa del Pueblo» contrastará con esto ó con lo de más allá?

Digamos con fray Gerundio de Campazas:

Pocos críticos vemos
Que sean sólidos
Y para su Aristarco
Hay muchos Zeilos.

No se apuren ustedes.

Los católicos de la «Acción Social Popular» lanzan ayer lastimeros desde su órgano El Social, por la pupa que les hicieron últimamente en las elecciones de vocales para la Junta local de Reformas sociales.

Tengan paciencia los amigos, que esto no ha sido más que por esta vez, pues ya hay quien se cuida de que no les vuelva a pasar más.

No les volverá a pasar más, porque los sindicatos obreros han iniciado una campaña para impedir que las sociedades católicas, que no son más que una mezcla de patronos y obreros babiecas, puedan tomar parte en tales elecciones.

Y parece que ese demonio de sindicatos de resistencia van a salirse con la suya.

Inauguración de la «Casa del Pueblo» de Madrid

Dada la gran importancia del suceso, publicamos hoy íntegra la información que sobre la gran jornada del proletariado madrileño nos ha enviado nuestro redactor-corresponsal en Madrid Mariano García Cortés. Como ya dijimos, la siguiente reseña no se publicó la semana anterior por haber llegado el original a nuestro poder cuando el número iba a entrar en máquina.

Progresos de la organización

En 1874 sólo había en Madrid una Sociedad obrera, la de tipógrafos «El Arte de Imprimir». Estaba domiciliada en una reducidísima habitación de la calle del Salitre y pagaba de alquiler 15 pesetas mensuales. Ocho años después se trasladó a la calle del Amor de Dios, abonando 30 pesetas de alquiler.

Viviendo la Sociedad en este Centro se fundó el Montepío de Obreros de la Imprenta y la Federación nacional del oficio.

El año 1886 pasaron todos estos organismos a la calle de Jardines, núm. 36, y en 1892 se mudaron al núm. 20 de la misma calle, en unión de otras cinco colectividades.

En 1897 se domicilió el Centro en la calle de la Bolsa, pagando 225 pesetas al mes, y más tarde en la calle de Relatores, de donde ha ido a la Casa del Pueblo.

LA CASA DEL PUEBLO



Vista general

La adjunta estadística revela los avances del proletariado organizado de Madrid:

Centros	Sociedades	Asociados	Alquiler que pagaban
Salitre	1	200	15 ptas.
Amor de Dios	3	900	30 »
Jardines, 36	8	2.000	83 »
Jardines, 20	12	3.000	115 »
Bolsa	50	12.000	225 »
Relatores	83	21.000	530 »
Plamonte	110	28.000	No se paga

Representantes y adhesiones

La lista de los nombres de los delegados venidos de provincias para asistir a la apertura de la Casa del Pueblo y de las sociedades representadas y adheridas, ocuparía una columna de La Internacional. «Para no emplear tanto espacio, nos limitaremos a comunicar los datos que siguen:

Delegados del extranjero, 2.

Id. de provincias, 51.

Organismos obreros representados por compañeros de Madrid, 63.

Organismos que se han adherido, 120, entre ellos están las felicitaciones de Francia, Alemania, Inglaterra, Bulgaria y otros.

El número total de sociedades adheridas de una u otra forma pasa de 600, según opinión de persona entendida de este orden de cuestiones.

Inauguración del Centro

A su tiempo comunicaremos los actos que se preparaban para solemnizar la inauguración de la Casa del Pueblo. Ahora procede que relate, aunque sea de un modo sucinto, cómo se ha desarrollado el programa.

Día 27

Como a su tiempo anunció, se destinó el día 27 para recibir a los periodistas y demás

personalidades a quienes se invitó previamente a que visitaran la Casa del Pueblo.

Entre otros acudieron los Sres. Azcarate, Morva, Baylla, Posada, Puyol, Dicenta, Castro (Cristóbal de), Répide y Salaverria. Una comisión enseñó detenidamente la Casa a los visitantes, dándoles toda clase de detalles, con objeto de ilustrarles sobre el alcance del esfuerzo realizado por la clase trabajadora madrileña.

Día 28

Se abre la Casa del Pueblo

La mañana y la tarde fueron de mucho movimiento. En casi todas las secretarías se trabajó para ultimar la instalación.

A las ocho de la noche se abrieron las puertas al público. Inmediatamente invadió la Casa del Pueblo una compacta muchedumbre de obreros y obreras, que estaba esperando desde bastante antes.

Hasta las nueve estuvieron recorriendo su casa los trabajadores. Cada secretario, cada salón les arrancaba un comentario que reve-

laba la intensa satisfacción de que se hallaban poseídos. Lo que les causó más grata impresión fue el armario de los ebánistas, un mueble elegantísimo, cuyo valor no bajará de 5.000 pesetas; el de los panaderos, que les ha costado 2.700; el artístico decorado que los pintores-decoradores han hecho en su secretaría; la biblioteca; la lujosa secretaría de la Sociedad de albañiles, en la que han gastado 14.000 pesetas; las instalaciones de la Cooperativa Socialista, y el salón mediano, que es superior a todo elogio.

El café de la Cooperativa se atestó desde el primer momento. La concurrencia excedió en mucho a la que esperaba el Consejo de Administración.

El mitin

Poco después de las nueve dió principio el mitin en el salón mediano. Como sólo tiene cabida para unas 600 personas, se limitó el derecho a presenciar el acto a los delegados de provincias y del extranjero y a los representantes de las Sociedades de Madrid.

A pesar de las restricciones, el local rebosaba de gente. Presidió Mariano Galán, y hablaron los compañeros Estrada, número 1 de la Sociedad de tipógrafos, que es la Sociedad más antigua; Saturnino González, organizador de la Sociedad de albañiles, que es la entidad más numerosa; los veteranos luchadores Francisco Mora — el exsecretario de la Internacional —, García Quejido y Pablo Iglesias, y el delegado del Partido Socialista y la Federación Obrera de Portugal, compañero Azedo Guecco.

La nota de todos los discursos fue poner de relieve los grandes progresos realizados por el proletariado y el enorme valor moral que tiene la adquisición de la Casa del Pueblo.

